

VII

SEVILLA EN EL SIGLO XIII

por Antonio Ballesteros, Catedrático por oposición de la Universidad Central.
Madrid, 1913.

Un tomo de 255 + cccxxxviii páginas en 4.º

«Mi propósito en la presente obra—escribe su autor en el *Proemio*—es sorprender un momento de la existencia sevillana en la Edad Media, reconstruyendo, por medio de cuadros históricos, las vibraciones del espíritu de Sevilla en la segunda mitad del siglo XIII á raíz de la Conquista.» La base principal del trabajo la constituyen los importantes documentos recogidos por el Sr. Ballesteros en el Archivo del Cabildo metropolitano, en los conventos de Santa Clara, San Clemente y San Leandro, en los Archivos arzobispal y episcopal, y en la Biblioteca de El Escorial. Tales documentos, en número de 246, ocupan más de la mitad del libro, que lleva también, al final de cada capítulo, muy útiles indicaciones bibliográficas, y va acompañado de instructivos Apéndices y de doce curiosas láminas.

Libros de este género, donde la vida interior y el espíritu social, público y privado, de las distintas épocas, se revelen y estudien, hacen suma falta en España, donde, por lo general, á pesar de las excitaciones de los críticos, desde Luis Vives hasta nuestros días, sigue entendiéndose la Historia á modo de narración de batallas, de intrigas políticas y de genealogías de personajes. En el extranjero, y principalmente en Francia, Alemania é Inglaterra, existen hace tiempo obras de esta clase, relativas á la antigüedad clásica, griega y romana, y á la Edad Media. Recuerdo á este propósito una de las más recientes y discretamente redactadas: la de A. Abram: *English Life and Manners in the Later Middle Ages* (London, 1913). Y aun la investigación ha llegado á vulgarizar esas nociones respecto de épocas más remotas, como es de ver en el precioso libro de Maspero: *Au Temps*

de Ramsès et d'Assurbanipal (5.^a ed.; Paris, 1910), donde el Egipto y la Asiria antiguos nos muestran sus costumbres, las escenas de la vida popular, la contratación en mercados y tiendas, la organización del ejército, el culto de los dioses, la existencia de ricos y de pobres, sus enfermedades y su muerte, sus diversiones, sus lecturas, su conducta en la guerra y sus prácticas judiciales.

Pero si la utilidad de semejantes publicaciones es indiscutible, no es menos cierto que sus autores corren un peligro bastante inmediato: el de sustituir la *penetración* por la *descripción*, la *fisiología* del fenómeno histórico por su *anatomía*. Pintar cómo un sujeto se vestía, de cuáles diversiones gustaba, qué lecturas favoritas tenía, cómo se alimentaba, qué fórmulas empleaba en su trato social, etc., etc., puede ser muy interesante; mas no constituye sino un conjunto de *datos* de los cuales ha de inferirse su psicología y su carácter, que es la tarea específica del historiador propiamente dicho, y en lo cual estriba la excelencia de su genio crítico. Así Carlyle ha procurado explicarnos la representación de Cromwell, y Mommsen la evolución de los sucesos é instituciones de la historia romana, y Macauley los personajes de la revolución de Inglaterra, y Taine la literatura de este país. Para semejantes historiadores, la sucesión histórica no es algo arbitrario y accidental, que pudo ser de una manera y también de la contraria, sino un conjunto de fenómenos lógicos y necesariamente enlazados, donde las causas determinan los efectos, siendo así posible, cuando aquéllas son descubiertas, llegar á la fórmula de leyes científicas.

Tales escollos ha procurado salvar el Sr. Ballesteros en los quince sabrosos y documentados capítulos de su libro, dedicado á nuestro doctísimo compañero el Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes Tilly, á quien su publicación se debe. Empiézase recordando los días de la conquista, en que castellanos y leoneses, asturianos y guipuzcoanos, navarros y alaveses, juntamente con gallegos y catalanes, entraron regocijados, después de la rendición, en el interior de la ciudad hispalense. Descríbese luego la ciudad, con su barrio de francos; el de castellanos, donde el Cabil-

do tenía sus lagares y el Arzobispo su alfolí; la tranquila collación de San Lorenzo; el bullicioso barrio de la mar, donde vivían cómitres, calafates y gente de galeras; las reuniones del concejo; las industrias más importantes; los gremios de artesanos y menestrales. Trátase después de la condición de los extranjeros, que en gran número se establecieron en Sevilla, distinguiéndose las comunidades italianas de genoveses, pisanos, venecianos y lombardos, todos los cuales se caracterizaban exteriormente por su traje, consistente en «un gorro puntiagudo de forma cónica y ladeada, un ropón amplio hasta los pies, con mangas falsas, que dejaba entrever la túnica verde, calzas blancas y zapato negro»; los franceses, vendedores de paños de Arras y Abbeville, de frisas de Etampes y Castelnaudary, del *camelín* de Blois y de la *valançina* de Valenciennes; y los ingleses, que en Sevilla tenían la calle llamada de Bayona. Á continuación, retrata el Sr. Ballesteros el carácter de los Infantes, hermanos de D. Alfonso: don Fadrique, el mayor, aficionado á las letras, y por cuyo mandado se trasladó del árabe al castellano el *Libro de los engaños e los asayamientos de las mugeres*; D. Felipe, que había estudiado en la Universidad de París, siendo discípulo de Alberto Magno y compañero de Santo Tomás de Aquino; el revuelto y osado don Enrique, de quien los juglares contaban picantes aventuras amorosas. Un capítulo entero se dedica á la persona del Rey Sabio, describiéndose el ceremonial de su corte, el aspecto de sus banquetes, sus monterías, sus recepciones. Háblase luego de Santa María la Mayor, la antigua mezquita de los almohades, convertida al culto cristiano; de la vida de sus canónigos; de las riquezas y poderío de su Cabildo; de D. Remondo de Losana, primer Arzobispo hispalense después de la conquista; de la población mora, congregada en el barrio del Adarvejo, en la collación de San Pedro; de las Órdenes Militares y sus maestros, y singularmente de D. Pelay Correa, esforzado campeón en el sitio de Sevilla; de la vida de clérigos y frailes; del estado de las Bellas Artes; de la poesía y de la ciencia, tan florecientes en la corte de Alfonso el Sabio; de las costumbres ciudadanas (trajes y entretenimientos de los caballeros; disposición interior de las vivien-

das; atavíos femeninos; físicos y cocineros; abogados y gramáticos; mercaderes y burgueses; juglares y alquimistas; labradores y villanos, etc., etc.); de los desastres políticos y sociales de 1275 á 1277; de la Judería, con sus tres sinagogas y sus estrechas callejuelas en la collación de San Bartolomé; y, finalmente, de las rebeliones y disturbios que tanto amargaron los últimos días del Rey Sabio, rey trovador y estudiante perpetuo, de espíritu noble é inquisitivo, propagador insigne de la cultura, varón más docto en astrología que en estrategia y en política; pero, de todos modos, de inteligencia abierta y simpática.

Estos son los temas en que se ocupa el autor de *Sevilla en el siglo XIII*, con gran copia de documentos y de información bibliográfica. Semejantes libros son siempre de positivo valor; y en el presente caso es de absoluta justicia reconocer la importancia y mérito del trabajo, que presta un verdadero servicio á la historia interna española.

Madrid, 1.º de Octubre de 1914.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

VIII

GENEALOGÍA DE LA FAMILIA DE ALÓS

por D. José María de Alós y de Dou, Presbítero: 2.ª edición, de 200 ejemplares numerados.—Barcelona, 1911.

No hace muchos años que, bajo los auspicios de nuestro ilustre compañero, hoy Secretario perpetuo de esta Corporación, el Sr. D. Eduardo de Hinojosa, se presentaba á la Academia, para su Correspondiente, á D. Luis Fernando de Alós y de Martín, Marqués de Dou, sujeto competentísimo en la materia histórico-genealógica y heráldica, de indiscutible autoridad en cuanto se relacionaba con la Nobleza del Principado de Cataluña, de lo que soy buen testigo yo mismo, que muchas veces acudí á sus luces